

cuando sus palabras constituyen un todo significativo. La vida, según esto, no tendría ni sentido ni valor si con la muerte se quebrara su unidad. Resultaría que, al final, todos nuestros logros y afanes y dichas y desdichas serían nada: aventuras efímeras dispersadas por el viento.

Dios, según esto, debe salir garante del sentido de la vida. Y su existencia resplandece en la vida misma del hombre. La experiencia humana implica mucho más de lo que ella es en sí. "Se inserta en un dinamismo que desde lo terreno asciende hasta lo divino, aunque no lo abarque"... "Experimentar el mundo es remitirse a Dios"... Por estos derroteros transcurre esta "prueba" ante la cual las objeciones de resonancia kantiana no tendrían lugar.

De aquí a probar la inmortalidad del alma dista un solo paso. Dios me ha creado como persona, es decir, como fin, no como objeto o medio o instrumento. "Un Dios que sale a mi encuentro, que dialoga conmigo, que me ama y me regala amor, que se ofrece a mi amistad, no puede aniquilarme". Dios no se contradice ni se arrepiente.

Diré, para terminar, que es éste un libro profundo, crítico, directo, actual..., que dice muchas cosas de las que no suelen decirse y muestra algunas más de las que no suelen mostrarse.

Luis Ansoain

Peña, Lorenzo: *Hallazgos filosóficos*, Ediciones de la Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 1992, 363 págs.

Lorenzo Peña ha emprendido una búsqueda filosófica en diversos campos, y lo que nos brinda en este libro es un entramado de resultados provisionales de esa serie de indagaciones. La línea general es lo que él llama un gradualismo contradictorial, consistente en tratar muchos problemas —en realidad casi todos—, no según lo que él juzga un errado patrón de todo o nada, sino a tenor de diferencias de grado, que producen contradicciones parciales, ya que de esas gradualizaciones se derivan, en sendos casos, tanto la verdad parcial del sí como la del no. Esa línea la ve Lorenzo Peña como una reactualización de la filosofía de Platón, con sus grados de verdad y de existencia.

El libro se inscribe en el horizonte de una defensa de la *philosophia perennis*, mas dentro de ella, como queda dicho, del platonismo en lugar del aristotelismo. A las dicotomías de éste entre maneras de ser (potencia/acto, materia/forma, sustancia/accidente) contrapone el autor una modulación platónica de graduaciones existenciales, a tenor de la cual no es que lo en potencia exista de otro modo, sino que existe menos. También introduce diferencias de aspecto, y en eso quizá vuelve al aristotelismo mucho más de lo que reconoce. Sin embargo lo que sí es cierto es que la articulación ontológica principal en el libro es la de grados.

Lorenzo Peña quiere ser ante todo un metafísico y ofrece un basamento metafísico al engarce de soluciones que nos brinda. La metafísica que nos propone el libro es existencial es el siguiente sentido, que cada ente se identifica con su propia existencia, mientras que en general hay diferencia entre

esencia y existencia; la hay porque salvo Dios los entes difieren de su respectiva esencia. La esencia de un ente es el *qué es* ese ente, su quiddidad, mas en general ese *qué es el ente* no es lo mismo que el ente. Éste es, en cambio, un hecho, el hecho de que ese ente existe. Así, y por ese camino, el libro comienza a dismantelar las fronteras categoriales. No hay barrera categorial entre cosas y hechos (o estados de cosas) puesto que cada cosa es un hecho, el de su propia existencia. Que en muchos idiomas haya diferencia gramatical entre oraciones y locuciones nominales no significa que la misma corresponda a una barrera categorial real, porque la correspondencia entre lenguaje y realidad no es tan automática ni exacta.

Ese enfoque existencial lleva al autor a la tesis de que el ámbito de las variables cuantificadas está formado por todos los entes reales y posibles. Como cada ente es su existencia, y no hay existencia totalmente inexistente, todo lo posible es en alguna medida real. De ahí resulta una cierta versión del realismo modal, parecida a la de David Lewis, mas con una diferencia fundamental, y es que, mientras para Lewis no hay un mundo que comprenda a todos los mundos, para Lorenzo Peña la Realidad sí es un mundo, el cual subsume en sí a todos los otros. Frente a la relación usual de accesibilidad de un mundo a otro, la ontología de este libro nos propone una relación de subsunción o englobamiento, en la cual un mundo puede estar comprendido en otro y a su vez englobar a otros mundos, siendo el mundo real el más englobante de todos. Los mundos posibles son así los aspectos de lo real.

Aunque ya hemos dicho que esa ontología es gradualista, cabe señalar que el gradualismo en este nuevo libro de Lorenzo Peña es un poco más restringido que en obras anteriores del mismo autor, en las que se abogaba por el principio de gradualidad, según el cual todas las diferencias son de grado. Ese gradualismo exagerado conllevaba consecuencias extrañas, y el autor ha optado ahora por ser, digámoslo así, más gradualista en su defensa del gradualismo. En particular una consideración que le ha hecho atenuar su enfoque es la de los posibles: si todas las diferencias fuesen de grado, todo estado de cosas que se dé en un mundo posible se daría también en los demás mundos posibles, en algún grado; pero entonces aun el que se dé el estado en cuestión en tal grado se daría, en cada mundo, en algún grado, y así al infinito, con lo cual se esfumarían todas las diferencias. Por ello, en esta nueva versión de su ontología, Lorenzo Peña lo que propone es, no que todas las diferencias sean de grado, sino que cada diferencia superviene en una diferencia de grado. De la noción de superveniencia, tratada en la filosofía analítica reciente, brinda Lorenzo Peña una articulación peculiar, a tenor de su enfoque gradualista y aspectualista.

Sobre la base de ese enfoque metafísico ofrece tanto la teoría del conocimiento y del lenguaje como la Ética y la Teodicea.

En el capítulo sobre la vida humana, el autor busca una superación del antropocentrismo que según él ha caracterizado a buena parte del pensamiento moderno. Nada de posmodernismo, sino de nuevo un reentronque con la tradición anterior. Se empeña en minar y socavar el antropocentrismo desde arriba y desde abajo. Desde arriba reubicando al hombre en el contexto de una creación y restituyendo a lo divino la primacía absoluta. Desde abajo (y esta mezcla parecerá curiosa a muchos) rebajando en cierto sentido

al ser humano en comparación con otros seres vivos, no porque niegue toda prelación del primero, sino porque la reduce a una diferencia de grado y sólo en determinados aspectos.

Ese naturalismo le lleva a un antidualismo. Literalmente descarta del ser humano un alma que sea realmente distinta del cuerpo. Mas de ahí no se sigue que el individuo humano cese de existir con la muerte. No podemos reproducir aquí los argumentos que brinda para apoyar lo contrario, mas se resumen en lo plausible de la hipótesis de que un cuerpo, un conjunto de partes, no forzosamente cesa de existir al dispersarse éstas, como no cesaba al cambiar de partes; ni cesa necesariamente y por completo de tener las cualidades que tenía, aunque disminuya el grado. Estas reflexiones son deudoras de todas las controversias aristotélico-escolástica acerca de la relación entre la parte y el todo.

Es difícil asegurar cuándo una discusión filosófica es mera querella de palabras y cuándo no, pero la controversia antiaristotélica de Lorenzo Peña raya en el desacuerdo verbal. Su énfasis en articular la realidad por grados y aspectos ¿no le retrotrae en cierta manera a esas dicotomías aristotélicas que él quiere desechar? Con la postulación de mundos posibles, por mucho que se vea en ellos aspectos de la realidad, ¿no se restablece –aunque sea con nuevos matices– la dualidad de potencia y acto? Y ¿no pueden verse los grados como una especie de multiplicación infinita de la materia y la forma, en la cual lo menos real es lo más material? De ser eso así, lo que se hace no es abandonar las distinciones aristotélicas, sino introducir en ellas infinitud de miembros en vez de sólo dos en cada caso.

Emparentada con la anterior crítica está una objeción contra su polémica antidualista en la concepción del hombre. El cuerpo, tal como él lo entiende, y al que identifica con el individuo humano, no es el *corpus* de los medievales, sino un compuesto de las partes –que son las que forman la carne o el *corpus*– más un principio unificador que permanece más allá de la dispersión y aun corrupción de las primeras. Ese principio no será un alma en el sentido de las tendencias espiritualistas, mas no está nada claro que esté alejado del alma según la concibe por ejemplo Santo Tomás.

Sea justa o no nuestra crítica, vale la pena sopesar los pros y los contras de este replanteamiento filosófico enmarcado declaradamente en la filosofía analítica pero muy receptivo a toda la temática de la filosofía tradicional.

Carlos Gonzalo Nieto

Petrus Cat[h]ena (Pietro Catena): *Universa loca in logicam aristotelis in mathematicas disciplinas*, introduzione, edizione e note a cura di G. dell'Anna, Congedo Editore, Lecce, 1992, 180 págs.

El volumen incluye una *Introduzione* (p. 5-30, de las cuales las p. 24-30 contienen notas eruditas), una *Bibliografia essenziale per ulteriori approfondimenti* (p. 31-45) y una reimpresión facsimilar de la edición de 1556 de